

LAS FÁBULAS

DE ESOPHO

Esopo.—Según tradición, fabulista griego. Es el supuesto autor de una colección de fábulas, algunas de las cuales datan de los antiguos tiempos de los egipcios.

Muchas de las noticias que á él hacen referencia (fechas, descripciones, datos biográficos, etc.), son meras invenciones de las últimas épocas de la Edad Media.

✓ EL PERRO Y LA CARNE

Por un río de manso curso y cristalinas ondas, atravesaba andando cierto Perro ladrón con un hermoso pedazo de carne entre los dientes. De pronto miróse retratado en el agua, y como viera que otro compañero suyo llevaba también en la boca un buen trozo de carne, concibió la perrada de apoderarse de él, y... ¡zás! soltando su carne, contempló con espanto, que el río se llevaba la del compañero.

✓ EL LOBO Y EL CORDERO

Sedientos llegaron á cierto arroyo un Lobo y un Cordero. Este pobre bebía en lo más bajo de la corriente, mientras que el Lobo se encaramó en lo más alto.—«¿Por qué enturbias el agua que bebo?» (dijo la fiera á su codiciada víctima, deseando hallar un pretexto para devorarla).—«¿Estás loco? (replicó el Cordero inocente): el agua corre hacia mí desde donde tú te hallas; ¿cómo, pues, he de enturbiarla yo?»—La fuerza de la verdad obligó al Lobo á callar y morderse los labios. Pero un momento después añadió con rabia:—«¡Seis meses hace que me llenaste de injurias, pícaro Cordero!»—«¡Seis meses!... (repuso el infeliz); ¡pues si no tengo más que cinco!»—«Bien: entonces sería tu padre...» y se tiró sobre él y se lo comió.

Cuando un lobo se empeña en tener razón, ¡pobres corderos!

✓ EL PAVO REAL Y JUNO

En tristes quejas prorrumpió el Pavo real ante la Diosa Juno, por no haberle concedido el canto del ruiseñor.—«Él, se-

ñora, (dijo enjugándose una furtiva lágrima) encanta á cuantos le oyen, y yo les hago reir ó los asusto.»—La diosa, por consolarlo, replicó :—«Pero tú le aventajas en belleza y en tamaño ; en tu cuello resplandece la esmeralda, y en tu pintada cola todas las piedras de un joyel.»— «¿Y de qué me sirve tanta belleza muda?» (añadió el Pavo real).—«Tales han sido (contestó la diosa en tono algo severo) los designios de la Naturaleza. Cúpote en suerte la hermosura, al águila la fuerza, al ruiseñor el canto melodioso, la velocidad á la golondrina y el amor conyugal á la paloma. Ninguno de éstos es tan bello como tú, y, sin embargo, todos están contentos con su suerte.»

El Pavo real aspiraba á la perfección de los dioses. ¡Cosas del Pavo !

LA RANA Y EL BUEY

Miraba una Rana á un Buey que pacía en el verde prado, y acometióle la insensata soberbia de ser tan grande como él.— «Inflándome (decía) llegaré á su tamaño ó acaso más : ¿qué privilegio tiene ese animaluco de que carezca yo?»—Inflóse, en efecto, y llamando á sus hijos, les preguntó si les parecía mayor que el Buey. Los hijos con humildad contestaron negativamente. Por segunda vez, y empleando más fuerza, estiró su piel la Rana cuanto pudo, y volviendo á preguntar á los ranillos, obtuvo la misma respuesta. El Buey era más grande todavía. Furiosa entonces la Rana, hizo un supremo esfuerzo, y con tal ímpetu de vanidad, que reventó en mil pedazos.

Ni aún así fué nunca tan grande como el Buey.

EL MILANO Y LAS PALOMAS

Un Milano astuto, cuyas garras evitaban las Palomas huyendo á todo vuelo, discurrió cierta estratagema, inducido por el hambre, para engullirse con comodidad las presas que se le escapaban. Envióles, al efecto, una proclama llena de palabras retumbantes, ofreciéndolas ser su rey, y asegurarles con su fuerza y prestigio una vida tranquila. Creyéronle las cuitadas, votáronle por aclamación, y le dieron el trono. El Milano, entonces, afectando modestia, dudó en si debía aceptar tan espinoso cargo ; distribuyó entre sus amigos empleos y dignidades, se congració el ejército, y, cuando esto hubo hecho, empleó su reinado en comerse una á una todas sus súbditas.

Lanzado un Ciervo de las espesuras del monte por el incesante jaleo de cazadores y perros, buscó refugio en una granja vecina, y, dentro ya de ella, en el establo de unos Bueyes.—«¡Infeliz! (le dijo un Buey que rumiaba gravemente). Por de pronto no estás mal entre animales; ¡pero si te pilla el hombre, eres perdido!»—«Perdonad mi atrevimiento (exclamó el Ciervo, pálido de terror y elevando una pata á las nubes): mi entrada aquí es provisional; yo aprovecharé la primera ocasión que se me presente para dejaros tranquilos.»— Llegó la noche y vino el boyero con forraje; nada vió: nada vieron tampoco los gañanes que entraban y salían: nada vió el mayoral: ninguno de aquellos funcionarios retribuidos vió nada.—«Tiembla (repuso el Buey) de la venida de *Cien-ojos*.»—Efectivamente: acabada la cena, asomó por el establo el dueño de la granja.—«Este forraje es poco y malo (decía): ¿por qué no se han hecho las camas? ¿Tanto cuesta limpiar estas basuras? ¿Qué criados son éstos?»—Escudriñándolo y revisándolo todo, dió con el Ciervo, se holgó del hallazgo y lo mandó matar para el día siguiente.

LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA

Cierta Zorra que, por motivos particulares, deseaba divertirse á costa de una Cigüeña, convidóla á comer una sopa exquisita, pero clara, que mandó servir en un plato llano. La Cigüeña, que, con su largo pico, apenas tomaba gota, disimuló su impotencia, mientras la convidante lamió el plato en un segundo. Largas noches de insomnio le costó á la Cigüeña aquella burla; hasta que al cabo obtuvo de su amiga que acudiera á un banquete recíproco, en el cual también se sirvió sopa exquisita, pero en un vaso de cuello estrecho. La del pico largo introdujo fácilmente sus fauces en el recipiente; mientras que la Zorra, cuyo ancho hocico le impedía entrar en el vaso, se vió obligada á contentarse con lamer las escasas gotas que corrían por el suelo. Al terminarse el banquete, dijo la Cigüeña:—«Amiga mía, donde las dan las toman.»

LA LEONA Y LA ZORRA

Encomiaba una Zorra cierto día, delante de una Leona, la extrema fecundidad de su casa.—«Desde que vivo en ella (de-



Esopo.

Cuadro de Velazquez existente en el Museo del Prado.

cía con cierto retintín) no pasa año sin que dé á luz una docena por lo menos de zorrillos; mientras que hembras conozco yo, que apenas tienen un par de hijuelos en su vida.»—La Leona, que comprendió el golpe, dijo con dignidad:—«Cierto es, señora, que tenéis muchos hijos y con frecuencia; pero, ¿qué son al fin? ¡Zorras! Yo tengo sólo uno; pero, ¿qué es ese uno? ¡Un león!»

EL CUERVO ENFERMO

Próximo á la muerte y sin remedio humano, decía un Cuervo á su madre:—«No llores, madre mía, sino pide á los dioses por mi salud.»—«¿A los dioses, me dices?—replicó la madre acongojada.—¿Cuál de ellos crees que se apiadará de tí? ¿No has pasado la vida picoteándoles la carne después del sacrificio?»

El que durante la prosperidad no hace más que daños, ¿qué amistades espera en la desgracia?

LOS LOBOS Y EL ASNO ENFERMO

Divulgóse por cierta comarca la noticia de que un Asno, rico en carnes, se hallaba enfermo de tal peligro que no pasaría de la noche. Al punto, muchos Lobos, que eran amigos del Jumento, se presentaron, afectando tristeza, á la puerta de su casa y preguntaron solícitos por su salud. El hijo mayor del Asno asomó la cabeza por la ventana y dijo:—«Señores Lobos: mi padre no está de tanto peligro como deseáis.»

EL GRAJO Y LA OVEJA

Hospedóse un insolente Grajo sobre el lomo de una mísera Oveja, y cuando estuvo bien asido á las lanas, comenzó á graznar sin freno ni medida.—«¡Callaos, escandaloso!—le dijo la Oveja.—Si yo fuese un perro, no me molestaríais así.»—«Tenéis razón que os sobra—contestó el Grajo,—y demasiado sé lo que me decís; pero yo soy de un genial tan extraño que nunca me apasiono más que de criaturas inocentes y dulces como vos, para hacer con ellas lo que me dé la gana, y no correr peligro de que me ofendan á mí.»

EL ÁGUILA Y EL LABRADOR

Un Labrador bondadoso, que paseaba por su campo, halló presa en una red á cierta Águila real, cuya belleza tocó en el

corazón impulsándole á dejarla libre. Algunos minutos después, como el Labrador se recostase á la sombra de una tapia vecina, sintió que le arrebatában el sombrero, y mirando á lo alto, vió con pena que el Águila ladrona pagaba con cruel ingratitud sus beneficios. Corrió desesperado en busca de su sombrero, que el ave dejó caer á gran distancia; mas de vuelta al sitio de su reposo, advirtió con asombro y gratitud indecibles, que durante su ausencia se había hundido la tapia hacia el lugar en que se había echado.

EL LEÓN Y EL ELEFANTE

Tristemente se quejaba el León de que un animal con tales garras como las suyas, tales colmillos y fuerzas tan prodigiosas temblara como un débil reptil al canto del gallo.—«No merece—decía—conservarse una existencia cuyo mayor poder corre peligro ante la ridícula canturía de un miserable.»—Así pensaba, cuando vió llegar hacia sí, pálido y tembloroso, un corpulento Elefante de la India.—¿Qué os aqueja?—le preguntó el León,—ni qué puede asustaros, á vos, el más grande y forzado de los seres?—El Elefante contestó conmovido:—«¿Veis ese pequeño mosco de trompetilla? Pues apenas se posa en el escondrijo de mis orejas, me vuelve loco de dolor.»—«¡Albricias!»—gritó el rey de los animales.—

No hay grandeza en el mundo, que no viva acompañada de una debilidad.

EL PASTOR Y LA MAR

Apacentando un Pastor su rebaño en las orillas del Mar tranquilo, picóle la comezón de hacerse comerciante. Al efecto, y como la travesía era breve, metió las ovejas en una barca, púsose al remo, y en la costa vecina vendió el ganado, empleando su importe en ricos dátiles africanos. Pero al volver á su playa, levantóse bramadora tormenta, y, gracias al alijo de toda la carga, pudo el Pastor ponerse en salvo á duras penas. Sin comercio y sin rebaño, sollozaba después un día, cuando cierto transeunte le dijo:—«Tranquila está la Mar, buen hombre: ¿por qué no te arriesgas á sacarle algún provecho?»—«Desengáñate, inocente—contestóle el Pastor:—cuando está así, es que quiere dátiles.»

EL LOBO Y EL CABRITO

Hallábase un Cabrito tomando el sol en la cúspide de una escarpada roca, á tiempo que cierto Lobo atravesaba penosamente por el atajo de la ladera. El Cabrito comenzó á desafiá-lo con burlonas voces, dirigiéndole todo linaje de denuelos; pero el Lobo, con calma, levantó la cabeza y dijo :—«No eres tú quien me insulta, pobre Cabritejo, sino la piedra en que estás colocado. Dale las gracias.»

EL ASNO Y EL ÍDOLO

Propusieronle á un carguero si quería trasportar un Idolo desde el taller del escultor al templo á que se le destinaba. Como contestase afirmativamente, cargaronle la imagen en su Asno, y emprendió el camino por las calles principales de la ciudad. Viendo el Asno que todos los transeuntes se detenían á su paso y besaban la tierra prosternándose, creyó que aquellas adoraciones iban dirigidas á su gallarda persona, por cual motivo enderezó sus orejas, arqueó su rabo y marchaba en la apostura más digna del homenaje público. Terminada la comisión, el carguero entró en su casa desesperado, porque la paga no había correspondido á sus deseos, y cogiendo una vara, descargó, como era natural, su coraje sobre el Burro. Éste, al sufrir los estacazos, murmuraba :—«¡ Bruto de hombre : me ha tomado envidia !»

EL ADIVINO

Sentado en la plaza de cierta ciudad, discurría un Adivino sobre su infalible ciencia, cuando de repente vinieron á avisarle que su casa había sido violada, y robados sus dineros y sus muebles. Levantóse el hombre con presteza, y corrió á averiguar la catástrofe ; pero los mancebos le cortaron el paso diciéndole :—«¿ A qué corres ? ¡ Demasiado sabrías tú que te iban á robar, y quién debía hacerlo !»

JÚPITER Y LA ABEJA

Por haberle regalado á Júpiter cierta Abeja un plato de sabrosa miel, ofrecióle el dios que le concedería una gracia.—«Quiero—dijo ella—que la herida de mi aguijón sea venenosa, para castigar á los hombres que me persiguen.»—Júpiter, que

amaba al hombre, sintió haber ofrecido tan de ligero ; mas obligado á cumplir su palabra, añadió á la Abeja :—«Venenoso será tu aguijón como me pides ; pero cuida de usarlo con parsimonia, porque la primera vez que lo claves, perderás la vida.»

EL CUERVO Y LA VÍBORA

Buscando un Cuervo reptiles que comer, hallóse una Víbora dormida que convidaba al rapto. Con efecto, arrebatóla en sus garras y partió con ella lleno de gozo. Mas la Víbora, que al despertar se encontró presa, no hizo más que retorcerse y mordió al Cuervo. Éste, al morir, decía con lágrimas en los ojos :—«¡ Hay hallazgos que matan !»

LA PALOMA Y LA CORNEJA

Encerrada en estrecho palomar, sin aire y con escasa luz, enorgulleciase, sin embargo, cierta Paloma de la fecundidad con que la naturaleza la había dotado. Una Corneja que la oyó le dijo :—«No te envanezcas, desgraciada, de tener mucha prole ; porque los esclavos que engendran hijos, cuantos más hijos engendran, más esclavos hacen.»

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

Por más que parezca raro, había en un corral cierta Gallina que ponía los huevos de oro. El dueño de ella, que todas las mañanas tomaba una buena suma en casa de un platero, se hizo el siguiente raciocinio :—«Si los huevos de la Gallina son de oro, la overa en donde se creían será un filón capaz de enriquecerme.»—Matóla, pues, con la codicia de hacerse rico en un momento, y al ver que la Gallina era por dentro como todas las otras, echó de menos el huevo diario con que lenta, pero verdaderamente, se enriquecía.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Durante los rigores del invierno, cuando los granos suelen humedecerse, sacaba una Hormiga sus mieses reservadas al sol : una Cigarra hambrienta le pidió limosna ; pero la Hormiga, negándosela, le dijo :—«¿ Por qué en el verano no haces acopio como yo ?»—«No creas que estaba ociosa—repuso la Cigarra ;—pe-

ro como era verano, tenía que cantar.»—«Pues, hija, la que en verano canta, que baile en el invierno.»

EL CAMELLO

La vez primera que vieron los hombres al Camello, huyeron de él aterrados, al considerar su magnitud. Algún tiempo después, la experiencia les manifestó que el Camello era manso, y entonces le tributaron amistad mezclada con respeto. Más tarde hubieron de caer en que el Camello no se incomodaba, y decidieron cargarle de una manera excesiva. Por último, averiguaron que era sufrido hasta la heroicidad, y entonces le pusieron freno y lo entregaron á la inclemencia de los muchachos.

LAS LÁGRIMAS DEL RICO

Muriósele á cierto poderoso una de sus dos hijas, y, según la costumbre del tiempo, pagó muchas mujeres para que la llorasen. La hermana que sobrevivió, acercóse á su madre y le dijo :—«Madre mía : ¿cómo nosotras que tanto sentimos la desgracia, apenas nos condolemos, y esas mujeres que ni aun siquiera conocían á la difunta, se deshacen en lloro?»—«No te extrañe, hija mía—contestóle la madre :—esas mujeres no lloran lágrimas, sino monedas,—y ya sabes que las monedas son las lágrimas del rico.»

LOS CARACOLES

Asando unos Caracoles el hijo de un labrador, oyólos rechinar, y dijo :—«¡Diablo de animales ! ¡Pues no les están quemando la casa, y echan una copla !»

LA CORNEJA Y LA GOLONDRINA

Disputas sobre belleza alteraron la paz de una Corneja y una Golondrina. Esta última llevaba la mejor parte de la cuestión, cuando á la primera se le ocurrió decir :—«Tu hermosura, aunque sea tanta, sólo florece en el verano : la mía, con ser menor, atraviesa el verano y vive en el invierno.»

LA ZORRA Y EL CUERVO

Atraída una Zorra por el olor del queso que un Cuervo picoteaba tranquilamente sobre la copa de un árbol, estuvo ima-

ginando la forma de apoderarse de él, y fué como sigue :—«Buenos días, señor Cuervo—le dijo :—¡ qué hermoso estáis ! ¡ qué negras y relucientes tenéis las plumas ! ¡ qué gentileza en vuestro porte ! ¡ Lástima que no tuvierais buena voz, en cuyo caso las aves os proclamarían su rey ! »—El Cuervo, que desde el principio de la arenga se había hinchado de tonto, abrió su boca para probar que también cantaba, y dejó caer el queso sobre las uñas de la Zorra. Ésta, comiéndoselo con ansia, le dijo :—«Voy á indemnizaros de la pérdida que acabáis de tener, amigo Cuervo, haciéndoos una observación muy útil : todos los adulaadores van en busca del queso.»

LA HECHICERA

Ganaba una Hechicera su dinero apartando la mala ventura de la persona y casa de muchos tontos. Acusada, sin embargo, de hechicería, juzgóla el tribunal y la condenó á muerte. Uno que había tomado plaza cerca del suplicio, exclamó :—«¿ Cómo es que tú podías apartar de la persona de los otros la ira de los dioses, y no has podido apartar de la tuya la ira de los jueces ? »—A lo que la Hechicera respondió :—«Es que los jueces no son tontos.»

LAS RANAS

Vecinas eran dos Ranas y pasaban la vida casi juntas, aun cuando habitaban la una en un estanque, y la otra en la cuneta de un camino.—«¿ Por qué no te vienes á la charca, amiga ?—decíale la fluvial á la terrestre.—Aquél es nuestro elemento y nuestra despena : allí nacimos y allí deberíamos morir.»—«Eso piensas tú—contestó la otra ;—pero eso es una antigualla, indigna de los tiempos presentes. Ahora se debe buscar la casa en sitio público, para gozar del mundo y sus encantos : cuando vaya para vieja ya procuraré volver al estanque.»—A poco de estas razones, pasó por el camino un carro y ladeándose del lado de la cuneta, aplastó á la Rana que se distraía en la contemplación del mundo

EL GATO Y LA ZORRA

Conversando amigablemente un Gato y una Zorra en medio de un bosque, díjole la última al primero con cierta vanidad :—

«A mí no me inquietan las vicisitudes de la vida : yo tengo mil recursos para salir airosa de todos los lances.»—El Gato replicó en humilde tono :—«Pues yo, amiga mía, no tengo más que un recurso, y cuando me falta éste, estoy perdido.»—Al llegar aquí de la conversación, presentóse á la vista una trailla de perros, ante los cuales el Gato emprendió á correr árbol arriba, salvándose en la cruceta de un pino. La Zorra, en tanto, á pesar de sus mil recursos fué alcanzada y cogida por los perros.

Es probable que desde entonces sea llamado «recurso supremo» el recurso de la fuga.

LA CORNEJA Y EL CUERVO

Envidiosa la Corneja del Cuervo porque éste vaticinaba á los hombres lo futuro y recibía de ellos agasajo, quiso participar de tal gracia y al efecto se posó en un árbol, al borde de un camino. Pasaron unos trajinantes, y entonces sibilíticamente comenzó á dar graznidos con cierta gravedad, como de quien predice alguna cosa.—«¡ Huyamos de aquí!—dijeron los hombres con terror :—que la Corneja grazna y es ave de mal agüero.»

LA CORNEJA Y EL PERRO

Para hacer sacrificios á Minerva, convidó una Corneja á un Perro al banquete propiciatorio.—«¿ A qué este sacrificio?—preguntó el animal.—¿ No ves que la diosa no te hace caso, ni concede el menor crédito á tus augurios?»—«Tienes razón—dijo la Corneja ;—pero por lo mismo que no me hace caso ni me estima, por eso tengo empeño en dirigirle preces, á ver si de ese modo hacemos las amistades.»

Lágrimas quebrantan peñas.

LAS LIEBRES

Declarada en otro tiempo una guerra de exterminio entre las Liebres y las Aguilas, llamaron las Liebres en su auxilio á las Zorras, invocando favores harto públicos.—«Gustosas accederíamos—contestaron las Zorras,—en vuestro favor, si no supiéramos por experiencia lo que huye una Liebre y lo que persigue un Aguila.»

EL PORQUERIZO

Llevó un Porquerizo sus Cerdos á un encinar, y, dejando la capa en tierra, subióse á una encina para varear la bellota. Los Cerdos en su afán por comerla pronto, arremetieron hasta con la capa del Porquerizo y la hicieron pedazos. Éste, al bajar del árbol, exclamó:—«¡ Oh animales del Averno! ¡ Dais entera vuestra carne á los hombres que os desprecian é injurian, y al único de ellos que os atiende y alimenta, le destrozáis la capa!»

EL CABALLO Y EL CERDO

Tomaba un Cerdo el sol, con la negligencia de costumbre, en un hediondo estercolero, cuando acertó á pasar cerca de allí un Caballo enjaezado para la guerra. Marchaba el alazán golpeando impaciente el suelo y henchido de ese orgullo que pone espanto en las huestes enemigas. El Cerdo levantó la cabeza con lentitud, y díjole con gruñona socarronería:—«Sólo un loco como tú puede alegrarse de caminar en busca de la muerte.»—El Caballo paróse y replicó con el más profundo desprecio:—«Tienes razón que es una locura el caminar á la muerte; por eso me da lástima que te engorden para ser degollado. Pero, muerte por muerte, tras de la mía puede quedar un nombre glorioso; tras de la tuya no queda más que un poco de tocino.»

LA ALFORJA DE JÚPITER

Cuando Júpiter echó al hombre por esos mundos, dióle unas Alforjas para que guardase en ellas cuidadosamente los vicios propios y los ajenos. Montóselas sobre los hombros, como era natural, y comenzó por ir poniendo en la Alforja de delante los vicios que encontraba en los otros, mientras que los que procedían de su propia naturaleza se los echaba á la espalda. Desde entonces va mirando siempre todo lo malo que ha hecho el vecino, y nunca consigue ver lo que él propio ha ejecutado de perverso.

LA CASA DE SÓCRATES

Edificaba Sócrates una casa para vivir, y como no era muy rico, hacía la pequeña y de escaso lujo.—«¡ Vaya una fachada!»

—decía el uno.—«¡ Vaya un costado!—murmuraba el otro.»—
«¡ Qué habitaciones!—añadía un tercero :—¡ ni aun lugar habrá
en ellas para revolverse!»—«Pequeña y mala, en efecto—res-
pondió Sócrates,—es la casa que hago ; pero ¡ ojalá consiga lle-
narla de verdaderos amigos!»

EL GRILLO Y EL MURCIÉLAGO

Durante las excursiones nocturnas de un Murciélago, se veía éste incomodado por la pertinaz canturía de un Grillo, amigo suyo.—«¿ Por qué callas de día—preguntóle,—cuando á mí no me incomodan los ruidos, y cantas que te las pelas de noche, cuando yo salgo?»—«¡ Qué quieres, compañero!—le contestó.—Una vez me metieron en la cárcel por cantar de día, y ahora tengo la prudencia de no hacerlo más que por la noche.»—«¡ Reniego de tu prudencia!—repuso el Murciélago—ésa, debiste emplearla antes de que te prendiesen.»

LA APUESTA

Celebrando juntos varios jóvenes griegos sus adelantos en la ciencia de la filosofía, uno de ellos libó más de lo regular y, embriagándose completamente, comenzó á hacer las más absurdas apuestas. Tuvo mayor éxito que todas, la de que se atrevía á beberse la mar.—«¿ Estás loco?»—dijéronle á una todos sus compañeros.—Pero como insistiese en hacerla y ofreciese su anillo en rehenes, uno lo tomó, cambiándolo por el suyo. Al otro día el estudiante, fresco ya, encontróse con el anillo trocado que le recordaba su absurda apuesta ; y no pareciéndole digno volverse atrás, buscó á Esopo y le habló en estos términos : —«Ya sabes, discreto amigo, que en un momento de embriaguez he apostado anoche á beberme la mar : ¿podré sostener la apuesta?»—Esopo le dijo que sí, y encargó que se citara á los presentes para la orilla del piélago profundo. A su borde, en efecto, mandó poner el fabulista una gran mesa cubierta de vasos, y alrededor de ella colocó multitud de sirvientes con jarros enormes, como en disposición de servir el agua. El espectáculo era imponente. Rompió el silencio entonces el que había hecho la apuesta, y dijo : —«Yo, señores, he apostado á beberme el agua del mar ; pero no la de los ríos ni arroyos que desembocan en él : parad, pues, su curso inmediatamente, y que principien á traerme agua.»

LA MUJER Y LA CÁNTARA

Una pobre Mujer hallóse cierto día una Cántara vieja y desmochada, que había tenido vino. Acercóle la nariz, y aspiró con éxtasis el aroma excelente que se exhalaba de aquellos cascos inútiles.—«¡ Oh, dioses! —exclamó.—¡ Cuán delicioso sería el vino que encerraba esa Cántara, si tal perfume se desprende aún hoy de sus heces!»—Después, reflexionando, añadía para sí:—«Una buena vida es como una buena Cántara, que á la vejez conserva perfume de grandeza, aun cuando su aspecto sea achacoso y miserable.»

LA OBRA DE JÚPITER

Júpiter inspiró al hombre todos los afectos, menos el de la vergüenza, que se le había olvidado. Andaba ya el hombre por el mundo, cuando el dios le dijo á la Vergüenza que lo siguiese; pero ella, resentida del olvido, se negó á hacerlo. Júpiter se lo ordenó entonces con ímpetu, y ella se dispuso á acceder con estas condiciones:—«Buscaré al hombre—dijo—cuando no vaya acompañado del amor; pues si el amor se apodera de él, es casi imposible infundirle la vergüenza.»

EL LADRÓN Y EL PERRO

Acercóse un Ladrón cierta noche á la puerta de una casa para hacer un robo, y se halló con un Perro mastín que guardaba el umbral. Temeroso de que ladrara el animal y deseando amansarlo, echóle con gracia un sabroso arenque que llevaba de prevención en el bolsillo. Cogió el Perro el arenque, miró al hombre con fijeza, y en tono cortés exclamó:—«Cuando te acercaste, creí que eras un bandido; pero ahora que me sobornas sin antecedente alguno, voy á llamar á los amos para que vean quién eres.»—Y el Perro comenzó á ladrar como un desesperado.

EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO

Perseguida una liebre por un Águila, fué á refugiarse en la habitación de un Escarabajo, suplicándole que la defendiera. El Escarabajo rogó al Águila que perdonase por aquella vez á la infeliz, y pidióle en nombre de Júpiter, padre de todos, que

otorgase el favor en gracia de la pequeñez del que lo exigía. Pero la reina de las aves, despreciando la intervención y el voto, cogió á la liebre y la hizo trizas.—«¿Qué males—le dijo al asqueroso insecto—puedo yo temer de ti?»—Callóse el Escarabajo, y siguiendo al Águila, con auxilio de su propia pequeñez, descubrió dónde ponía sus huevos, y haciéndoles rodar como á las bolas, los estrelló en la tierra. El Águila, asustada de aquel desastre, abandonó el nido, que le parecía bajo, y se subió á hacerlo en mayor altura; pero su enemigo siguióla, y esta vez, como la primera, le estrelló los huevos. Aterrada la reina ante la segunda catástrofe, ascendió y ascendió hasta poner terceros huevos en el mismo seno de Júpiter, su especial protector. El Escarabajo entonces hizo una bolita de basura y se la echó al dios en su regazo; el cual, al sacudírsela, olvidóse de la prole del Águila y derramó por tercera vez las últimas esperanzas de la madre.—«¡Ese infame Escarabajo, oh Júpiter—gritó el Águila,—es el causante de todas mis desdichas!»—«¡Esa desalmada reina, oh Júpiter—replicó el insecto,—es la que despreció tu nombre cuando yo suplicaba!»—Júpiter, que comprendió la razón, dispuso que el Águila pusiera sus huevos en la época en que no hay Escarabajos; pero, acercándose al oído de su especial protegida, murmuró:—«Señora, no hay enemigo pequeño.»

EL HALCÓN Y EL GALLO

En el corral de la casa de un gran señor, estuvo observando un Gallo pensativo, cuál era el modo con que los criados trataban á las diversas aves. El Halcón, por ejemplo, era cuidado con más solicitud que ninguna; y cuando á la vuelta de caza venía fatigoso, limpiábanle y acariciábanle para que comiera á gusto, lo cual tenía recomendado el señor con preferencia. Las gallinas y pollas, por el contrario, eran agarradas de las patas, tentadas con dureza, y retorcidas de pescuezo cuando estaban gordas. Este modo de obrar, indujo al Gallo á huir instintivamente de los cocineros desde que los veía asomarse por la puerta. Una mañana entró en el corral un pinche y llamó al Gallo. Este desobedecía el llamamiento, y ni migas de pan, ni «tití», «tití», bastaron para hacerle acercarse. El Halcón entonces, dirigiéndose á su compañero, exclamó:—«¿Cómo no acudes, amigo, al punto en que te llama? ¿No ves la presteza con que yo me presento en casos semejantes?»—«Razón parece que tesobra

—contestó el otro ;—pero si á los halcones los llamaran para atravesarlos en un asador, se harían seguramente tan sordos y perezosos como los gallos.»

EL HOMBRE Y SU IMAGEN

Un Hombre enamorado de sí mismo estaba persuadido de que era el más hermoso del mundo, sin que bastara para desengañarle de su error la mejor luna de Venecia. Para él todas eran malas, y dominado por su idea, vivía el buen Hombre contento y feliz ; pero como si la Providencia quisiera curarle de su locura, dondequiera que iba encontraba algún espejo que retrataba fielmente sus defectos físicos. Aburrido ya aquel Narciso, fué á ocultarse en el sitio más retirado de un bosque, á fin de no ver nunca los mudos testigos de que se sirven nuestras damas ; pero quiso la casualidad que hallase al paso una fuente, en cuyas cristalinas aguas se reprodujo su imagen, é irritado entonces al ver desvanecidas sus ilusiones, puso fin á su existencia.

Nuestra alma es ese Hombre enamorado de sí mismo ; los espejos son las necedades de los hombres, y la fuente cristalina podría compararse con el libro de máximas de cierto personaje histórico.

LA MUERTE Y EL DESGRACIADO

Un pobre Hombre á quien parecía perseguir la desgracia en todas sus empresas, solía exclamar con frecuencia :—«¡ Oh Muerte ! ¡ Qué hermosa me pareces ! ¡ Ven de una vez y arrebatame esta existencia miserable, que no me sirve sino para llorar mis infortunios ! »—Oyóle un día la Parca, y creyendo de buena fe hacer un favor al que la invocaba, llamó á su puerta para complacerle ; pero apenas la vió el Hombre, gritó, poseído de espanto :—«Aléjate de aquí, hediondo espectro ; no te acerques, que me causas horror ; aléjate y no vuelvas más, que aún prefiero mis desdichas á verte un solo momento en el umbral de mi puerta ! »

Decía el sabio Mecenas que no le importaba ser gotoso, jorobado ó tuerto con tal de conservar la vida, y muy pocos habrá en este mundo que no lo sufrirían todo con tal de no ver nunca por su casa al terrible huésped que invocaba el hombre de la fábula.

EL CHARLATÁN Y EL MONARCA

Preciábase un Charlatán, de ésos que sólo se ocupa en embaucar al prójimo, de que sería capaz de convertir en elocuente orador al más estúpido patán, y hasta tuvo la osadía de asegurar formalmente que obtendría el mismo resultado aunque fuera con un asno. Llegó esto á oídos del Rey, y habiendo enviado á llamar al Charlatán, díjole cuando estuvo en su presencia :—«Tengo en mis cuadras un magnífico jumento al que quisiera que enseñases leyes, poniéndole en camino para llegar á ser un famoso abogado. ¿Te comprometerías tú á conseguirlo?» —«Basta que sea ése el deseo de V. M. para que yo me apresure á complacerle—contestó el Charlatán ;—me obligo á enseñar al asno de modo que pueda lucir sus dotes oratorias en los bancos del Congreso, mas para esto necesito que se me conceda un plazo razonable.»—«¿Qué tiempo te bastará?»—repuso el Monarca.—«Señor—contestó el Charlatán,—con diez años tengo suficiente.»—«Muy bien—replicó el Rey,—te otorgó ese plazo y te daré además una buena recompensa ; pero te advierto que si no cumples tu palabra te mandaré ahorcar apenas expire el término.»—Salió el Charlatán de palacio alegre y satisfecho, y como encontrase en la calle á un compañero á quien refirió la aventura, díjole este último :—«Me parece, amigo mío, que te huele el cuello á cáñamo y que vas á bailar en la cuerda por comprometerte á un imposible. ¿Cómo quieres hacer hablar á un burro?»—«¡Qué tonto eres !—replicó el otro ;—¿crees tu que en diez años no morirá el Rey, el asno ó yo?»

EL PESCADOR DE RED

Tendió sus redes un Pescador de orilla á orilla de un río, y sujetando ambos extremos con grandes piedras, consiguió que las aguas, al batir sobre los cordeles, dejasen prisioneros los pececillos. Un habitante de las cercanías quejósele de que enturbiaba la corriente y no podía beber ; á lo que el astuto Pescador respondió :—«¿Qué queréis, amigo ? hay ocasiones en que para comer, es necesario enturbiar el agua.»

He ahí la teoría de la mayor parte de las revoluciones (dijo Esopo).

EL BUFÓN Y EL CAMPESINO

Divertía un Bufón á los atenienses desde las tablas de un teatro, no sólo con multitud de ingeniosas ocurrencias, sino con la imitación exacta de varios animales. Imitaba, sobre todo, con tal propiedad el gruñido de un marranillo, que los espectadores pidieron con insistencia la repetición de la gracia, gran número de veces. Cansado un Campesino de aquel entusiasmo, que le parecía injusto, saltó á las tablas y dijo que si el pueblo se lo permitía, él desafiaba al Bufón para la tarde siguiente, apostando una gruesa suma para el vencedor. Ante la esperanza de divertirse mucho á costa del pobre hombre, el pueblo accedió á la propuesta, y se hizo nueva cita para la otra tarde. Llegada la hora, el Bufón fué el primero en lucir su habilidad de hacer el marranillo, y los espectadores, cada vez más satisfechos, aplaudían con mayor frenesí aún que la víspera. Tocóle su turno al Campesino, el cual llevaba oculto bajo la capa un marrano de carne y hueso; y cuando los aplausos al Bufón se habían mitigado, tiró al lechón de la oreja, haciéndole gruñir fuertemente.—«¡Fuera, fuera!—gritó la multitud indignada.—Eso no está bien; así no gruñen los marranos; el Bufón lo hace mejor; él gana la apuesta.»—Cuando se restableció el silencio, el Campesino se quitó la capa, y, mostrando al animal, dijo de este modo:—«Atenienses: acabáis de silbar al mismo marrano.»

LA BELLOTA Y LA CALABAZA

Cierto campesino filósofo que se paseaba por un inmenso jardín, detúvose de pronto ante una Calabaza y exclamó:—«¿Cómo será que un fruto tan grande tiene un tallo tan delgado? ¿En qué pensaría el autor de la Creación al disponerlo así? ¡Pardiez! yo hubiera colgado esa hermosa Calabaza en una de las magníficas encinas que allí se ven, poniendo aquí sus bellotas, que por ser un fruto tan pequeño, estarían mejor en este sitio.»—Absorto en sus reflexiones filosóficas y satisfecho de su observación, fué el buen hombre á echar la siesta bajo uno de los árboles que antes admiraba; mas apenas empezaba á conciliar el sueño, cayóle sobre la nariz una Bellota que le hizo despertar sobresaltado.—«¡Diablo!—exclamó el campesino al ver que le corría la sangre,—si esto llega á ser una Calabaza, de fijo que me desfigura para toda mi vida.»—Así diciendo, levantóse el

buen hombre y se marchó á su casa ensalzando la sabiduría de Dios.

EL ASNO FANFARRÓN

A la entrada de un bosque retozaba cierto día un burrillo ju-guetón y travieso, de ésos que no han sentido nunca el peso de la albarda, cuando divisó á corta distancia un enorme y colmillo-ludo jabalí que se dirigía hacia la espesura. Lejos de arredrarse á la vista de tan temible enemigo, salióle al encuentro, con aire de matón, y plantándose delante, le preguntó con insolente familiaridad que adónde iba por aquel sitio. Al oírse apostrofar de tal modo, el interpelado estuvo á punto de caer sobre el inofensivo asno para castigar tamaño atrevimiento; pero reprimiendo su ira, limitóse á decirle:—«¡Quita de ahí, miserable arrapiezo, y da gracias á que no quiero mancharme los colmillos en la sangre de un burro, pues de lo contrario, ya te habría demostrado que los de tu jaez no sirven más que para llevar albarda.»

EL SOL Y LAS RANAS

Celebraba una vez cierto pueblo las bodas de un tirano, y para demostrar á todos cuantos se alegraban que eran unos necios, refirióles Esopo la fábula siguiente:

Allá en tiempos remotos concibió el Sol el designio de enlazarse en el dulce himeneo, mas apenas cundió la noticia entre las habitantes de las lagunas, prorrumpieron en amargas quejas, exclamando:—«¡Oh Júpiter! ¿permitiréis semejante injusticia? ¿Qué será de nosotras si llega á tener hijos el Sol? Apenas podemos resistir sus abrasadores rayos, y si hubiera media docena como él, hasta la mar quedaría en seco, en cual caso ¡adiós pantanos y cañaverales; iríamos á perecer en las aguas de la Estigia y toda nuestra raza desaparecería de la tierra!»

Para ser Ranas, no razonaban tan mal.

EL RUISEÑOR DESENGAÑADO

Por medio de una atenta circular anuncióse á todas las aves cantoras que iba á celebrarse un concurso á fin de conceder un premio á la que más cautivase á la asamblea con sus trinos y gorjeos.—«Si el tribunal es entendido—dijo para sí el Ruiseñor,—no dudo que me llevaré la palma.»—Confiado en el éxito, emprendió su vuelo para ir á ocupar su puesto entre los oposi-

tores. Figuraban entre éstos numerosos canarios, jilgueros, mirlos y verderones, y todos lucieron sus habilidades á cual más, aunque ninguno estuvo á tanta altura como el Ruiseñor. Seguro contaba ya éste el premio, cuando oyó decir que se le había conferido á un jilguero, y avergonzado entonces de haberse presentado á un tribunal tan ignorante, volvióse á sus bosques exclamando :—«¡ Oh Naturaleza ! quítame la voz ó no me des tan malos jueces ! »

EL PUERCO ESPÍN Y LAS CULEBRAS

Un Puerco espín, falto de abrigo, pidió á unas Culebras amigas suyas que lo admitiesen en su compañía. Admitiéronlo ellas con el gozo de la novedad, y por darse tono de hospitalarias ; pero á poco tiempo notaron que eran incómodas las espigas del huésped, y le exigieron que se marchase.—«No haré tal—contestó el Puerco espín :—si vosotras estáis incómodas, podéis marcharos, que por mi parte me encuentro perfectamente.

Cuando se forman sociedades por entusiasmo, hay que sufrir después los reveses de la liquidación.

LOS TOROS Y LAS RANAS

Cierta Rana que desde su laguna veía con espanto la pelea de unos Toros, volvióse á sus amigas y les dijo :—«El cielo nos ampare, hermanas, que, ó mucho me equivoco, ó vamos á perecer en esa refriega.»—«¡ Tonta que eres !—replicóle una :—los Toros no hacen caso de nosotras : ellos pelean entre sí por ocupar el primer puesto en la vacada. Nosotras vivimos lejos, y además nos defienden nuestros pantanos y nuestros juncos.» La primera repuso con gran cordura : ¿lo crees así? Pues aguarda á que termine la lucha y sentirás los varetazos del que salga vencido. En efecto : el Toro que perdió la batalla se rehizo furioso hacia atrás, y en el desconcierto de la huída, tronchó los juncos, invadió las lagunas y aplastó á las Ranas.

Siempre que pelean los poderosos, les sucede lo mismo á los débiles.

EL GATO Y LOS RATONES

Noticioso un Gato de que en cierta casa vecina abundaban los Ratones, encaminóse á ella y en varias visitas se engulló cuantos quiso. Los cuitados, al ver que cada día faltaban algunos amigos, se dijeron en ratonil confianza :—«Puesto que

todos vamos á perecer, según vamos notando, cuerdo será quedarse cada uno en su escondite, que el Gato, por saltarín que sea, no puede llegar entonces hasta nosotros.»—Hiciéronlo así; pero el hambre, que es fecunda en recursos, sugirió al Gato la idea de atraérselos nuevamente, para lo cual, colgándose de un palo, fingióse muerto. Los ratoncillos más jóvenes, gozosos de su triunfo, comenzaron á sacar las cabezas, y aun á exponerse á salir; hasta que un Raton viejo, de barba cana, que con astucia miraba al Gato, exclamó:—«Muerto está, compañeros; pero por lo mismo que está muerto, quedémonos todavía aquí para no turbar el reposo de los difuntos.»

Hay quien asegura que al Gato se le bajó la sangre á la cabeza y murió de veras.

EL LABRADOR Y LA CULEBRA

Casi muerta de frío encontró un Labrador á una Culebra bajo los matorrales de un vallado. Abrigóla en su seno, llevóla á su casa y la puso junto al hogar. La templanza y los cuidados volvieron la vida al reptil; pero apenas se vió con fuerzas, acometió, silbando horriblemente, á la esposa y á los hijos de su bienhechor.—«¡Miserable!—gritó éste acudiendo á las voces;—¿es ése el pago que das al que te salvó la vida?»—Y partiéndola en mil pedazos con una estaca, añadió:—«Siento que no mueras más que una vez; porque una muerte es poco castigo para el ingrato.»

EL PERRO MORDEDOR

Hubo en cierta ocasión un Perro que, sin ladrar ni enseñar los dientes, mordía á cuantos se acercaban á su casa. Harto ya su dueño de sostener altercados y pagar medicinas, resolvió ponerle un collar con cascabeles, para advertir al público de que corría peligro. Pero el Perro que era tan malo como tonto, pensó que lo que habían colgado era una condecoración y desde entonces miraba á los demás perros con desdén. Un mastín honradote se le acercó á la oreja y le dijo:—«Piense, hermano, que no todo lo que se cuelga al cuello es honra; pues hay condecoraciones que el llevarlas debe causar vergüenza.»

EL LEÓN Y EL RATÓN

Cierto León, harto de carne, yacía durmiendo bajo un árbol frondoso. Algunos ratones, que treparon casualmente por

su cuerpo, hubieron de despertarle; y el animal, echando la garra, atrapó á uno de los más atrevidos. Al verse el ratonzuelo en poder del rey de los bosques, pidióle gracia con frases tan patéticas y ofrecióle tal género de servicios, que el León, sonriendo, le perdonó la vida. Algún tiempo después, cayó la fiera en las redes de unos cazadores; y como no podía salir, á pesar de su inmenso poder y colosales recursos, atronaba la selva con sus rugidos. El Ratón perdonado, que vagaba por las cercanías, acudió al punto; royó con sus agudos dientes las mallas de la red y salvó de una muerte segura al monarca.

Esta vez no se dice que se riera el León.

EL ASNO Y EL PERRILLO

Observó cierto Asno, con envidia, que su dueño acariciaba y regalaba constantemente á un Perrillo, sin más razón, al parecer, que los mimos y carantoñas que recibía de éste. Resolvió, en consecuencia, imitar al Perro en los halagos, para lo cual comenzó un día á hacer en presencia del dueño una figura de zarabanda. Atónito el señor con aquel agasajo asnal, comenzó á reir de todas veras; y el Burro, creyendo que había acertado el camino, no sólo bailó, sino que se puso á rebuznar al oído del amo, y hasta se propasó á arrimarle algunos lametones. Enfadado el señor de aquella burla, cogió una estaca y la partió en las costillas del Asno.

Aun no se ha podido convencer el Burro, desde entonces, de por qué, causas iguales, producen á veces desiguales efectos.

LAS AVES, LOS CUADRÚPEDOS Y EL MURCIÉLAGO

En los tiempos terribles en que las Aves y los Cuadrúpedos se hacían la guerra sin piedad, el Murciélagó tomó partido por los pájaros, pues creía que, á favor de las alas, se decidiría por ellos la victoria. No sucedió de este modo, sin embargo, y el Murciélagó, al ver que los Cuadrúpedos llevaban la mejor parte de la lucha, abandonó á sus amigos y se alistó en el ejército de los vencedores. Una lealtad y valor á toda prueba, la lealtad y el valor del águila rampante, decidieron al cabo la victoria por los combatientes alados, y en consecuencia, el tránsito-fuga no tuvo partido en qué alistarse. Desde entonces el Murciélagó pasa los días escondido en una cueva, y sólo por las noches se atreve á salir un rato, en busca de aire que respirar.

HAN KOONG TSEW : LOS PESARES DE HAN

TRAGEDIA CHINA

PERSONAJES

YUENTE, Emperador de la China (de la dinastía de HAN).
 HANCHENYU, Khan de los tártaros.
 MAOUYENSHOW, indigno Ministro del Emperador.
 SHANGSHOO (título) Presidente del Consejo Imperial.
 CHANGSHE (título) Oficial de guardia.
 FAUSHE (título) Enviado del Khan.
 CHAOUKUEN, Dama, elevada á la dignidad de Princesa de Han.
 Soldados tártaros, damas de servicio, eunucos, etc.

*La escena tiene lugar en el campamento tártaro en la frontera,
 y en el palacio de Han.*

(Nota. En el original esta obra es una especie de ópera con intermedios líricos para ser cantados con acompañamiento musical. La parte que aquí damos es solamente la recitada; sólo los pasajes entre comillas están sacados de la parte musical.)

PRÓLOGO

Entra el KHAN DE LOS TÁRTAROS, recitando:

Khan.

«La brisa otoñal sopla entre las hierbas, á través de nuestras
 [tiendas de lana,

Y la reina de la noche alumbrando las toscas cabañas, escucha
 [el lamento de la flauta funeraria;

La hueste incontable con sus arcos encorvados, me obedece
 [como á un caudillo.

Nuestras tribus son los amigos distinguidos de la familia de
 [Han.»

Soy Hanchenyu, el antiguo habitante del desierto arenoso;
 el único dueño de las regiones del Norte. Nuestro comercio es

la caza silvestre; el combate y la conquista nuestra principal ocupación. El emperador Wunwong se retira ante nuestras tribus orientales; el Estado de Wei tiembla ante nosotros y solicita nuestra amistad. El antiguo título de nuestros jefes en el transcurso del tiempo se ha convertido en el que ahora uso. Cuando las dos razas de Tsin y Han luchaban en el campo de batalla, llenando de agitación el Imperio, nuestras tribus estaban en todo su poderío; innumerable era la hueste de guerreros armados con sus corvos arcos. Durante siete días, mi antepasado tuvo envuelto con sus fuerzas al emperador Kaoute hasta que, gracias á las gestiones del ministro, se concertó un tratado y las princesas chinas fueron entregadas en matrimonio á nuestros khanes. Desde los tiempos de Hoeyte y de la emperatriz Leuhow, las sucesivas generaciones se han adherido á la ley establecida, buscando nuestra alianza con sus hijas. En el reinado del difunto emperador Seuente, mis hermanos se disputaron conmigo el gobierno de la nación y su poder fué debilitándose hasta que las tribus me eligieron por jefe. Soy un descendiente real del Imperio de Han. Mando cien mil guerreros armados. Me he dirigido hacia el Sur acercándome á la frontera en busca de una alianza con la raza imperial. Ayer, despaché un mensajero con regalos para pedir una princesa en matrimonio, pero no sé si el Emperador quiere ratificar el compromiso con los juramentos acostumbrados. La bondad de la estación ha atraído á nuestros jefes á una excursión de caza por las estepas arenosas. Que el éxito corone sus esfuerzos, pues nosotros los tártaros no tenemos campos... nuestros arcos y nuestras flechas son nuestros únicos medios de subsistencia. (Sale).

Entra el MINISTRO DE HAN, recitando:

Ministro.

«Dejad que un hombre tenga el corazón de un milano y las
[garras de un águila,
Dejadle que engañe á sus superiores y oprima á los que están
[bajo él;
Dejad que llame á su lado á la adulación, al halago, á la per-
[versidad y á la avaricia,
Y encontrará los mejores auxiliares á través de la vida.»

Yo no soy otro que Maouyenshow, ministro del soberano de Han. Por medio de mis malas artes, adulación y astucia he

conseguido engañar al Emperador hasta que ha puesto toda su confianza en mí solo. Mis palabras son escuchadas; mis consejos seguidos. Dentro de los muros del palacio, y fuera de ellos, ¿quién no se inclina ante mí? ¿Quién no tiembla en mi presencia? Pero observad el arte capital que he aprendido; es el siguiente: persuadir al Emperador á que se mantenga alejado de sus sabios consejeros, buscando sólo el placer entre las mujeres de su palacio. Esto es lo que aumenta mi poder y mi grandeza. Pero he aquí que, á mitad de mis reflexiones, llega el Emperador.

Entra el EMPERADOR YUENTE seguido por eunucos y mujeres: Emperador (recitando).

«Entre las diez generaciones que se han sucedido en la gobernación del Imperio, Sólo mi raza ha poseído los cuatrocientos distritos del mundo: Durante largo tiempo las fronteras se han unido tranquilamente con los lazos de mutuos juramentos, Y nuestro sueño no ha sido turbado por la ansiedad ni el pesar.»

Contemplad en nos al Emperador Yuente, de la raza de Han. Nuestro antepasado Kaoute ocupaba un cargo privado y elevó á su familia, extinguiendo la dinastía de los Tsin y aniquilando su raza. Diez generaciones han pasado desde que nos legó su herencia. Las cuatro fronteras del Imperio han permanecido tranquilas; las ocho regiones en reposo. Pero no por nuestros méritos personales: hemos confiado plenamente en los esfuerzos de nuestros gobernadores civiles y militares. Al fallecer nuestro padre, todos los huéspedes femeninos de nuestro palacio se dispersaron, y nuestro harem está ahora solitario y abandonado. ¿Cómo puede tolerarse tal cosa?

Ministro.—Considerad señor, que aun los esposos afortunados, desean cambiar de pareja; ¿por qué, pues, no ha de hacerlo vuestra Majestad, cuyo título es el de Hijo del Cielo, cuyos dominios son el mundo entero? Permitidme que despache comisionados para buscar en todo el Imperio las jóvenes más hermosas de todos los rangos, entre quince y veinte años, para poblar el palacio.

Emperador.—Dices bien. Te nombramos en seguida nuestro ministro de elección y te daremos la autoridad necesaria por escrito. Busca diligente por nuestros reinos; y cuando hayas escogido las jóvenes más hermosas, tráenos retratos de todas

para que podamos elegir. Según el mérito é importancia de tus servicios, aprovecharemos una ocasión á propósito para recompensarte á tu vuelta. (*Salen*).

ACTO I

Entra el MINISTRO

Ministro (recitando).

«Me apropio los pesados lingotes de amarillo oro.

No presto atención á los mares de sangre que ocasiona la per-
[versión de las leyes ;

Estoy decidido á poseer abundantes riquezas durante toda mi
[vida ;

¿Qué me importan los destinos de la humanidad después de
[mi muerte.»

Habiendo recibido del Emperador el encargo de buscar por todos lados las más hermosas damiselas, me he fijado en noventa y nueve. Sus familias se complacían en recomendar su elección por medio de ricos presentes y no es pequeño el tesoro que he reunido. Al llegar ayer al distrito perteneciente á la ciudad de Chingtoo, me encontré con una doncella, hija de un tal Wongchang. ¡ El brillo de sus encantos era punzante como un dardo ! Era de una hermosura perfecta—como sin duda no hay otra en todo el Imperio.—Pero, desgraciadamente, su padre, que es un modesto agricultor, no posee muchas riquezas. Cuando yo le pedí cien onzas de oro para asegurar la elección imperial á favor de su hija, primeramente se excusó con su pobreza y después, confiado en la extraordinaria hermosura de la joven, rechazó en redondo mis proposiciones. Entonces les abandoné. (*Reflexionando un instante*). ¡ Pero no !

Tengo un proyecto mejor. (*Frunciendo el ceño madura sus planes*). Voy á desfigurar su retrato de tal manera que, cuando llegue á manos del Emperador, estoy seguro de que la abandonará á reclusión perpetua. Así conseguiré hacer su desgracia por el resto de sus días. ¡ Bajo es el hombre que no goza en la venganza ! (*Sale*).

Noche. Entra la SEÑORA CHAOUKUEN con dos damas de servicio.
Chaoukuen (recitando).

«Aunque he sido llamada á habitar el palacio imperial,
Hace ya tiempo que estoy aquí sin tener la dicha de ver á mi
[Príncipe ;

Voy á pasar esta hermosa noche en la más triste soledad, Sin otra compañía que mi laúd para alegrar mi retiro.»

He nacido en la ciudad de Chingtoo, y mi padre es un labrador. El día en que nací, mi madre soñaba que la luz de la luna brillaba en su seno, pero pronto fué sepultada en la tierra. Tenía sólo diez y ocho años cuando fuí escogida para habitar el palacio imperial; pero el ministro Maouyenshow, en venganza de no haber percibido el tesoro que pedía para asegurar mi elección, desfiguró mi retrato de tal manera que me ha mantenido alejada de la presencia del Emperador; y ahora vivo en triste soledad. Como en mi casa aprendí algo de música, puedo tocar algunos aires en el laúd. Así en la triste soledad de media noche, mitigo mis pesares tocando alguna melodía. (*Empieza á tocar el laúd*).

Entra el Emperador, seguido por un EUNUCO llevando una luz.

Emperador.—Entre todas las bellezas que han sido elegidas para alegrar nuestro palacio, no hemos podido descubrir un objeto de valor en el que fijar nuestra vista con atención preferente. Cansado y descorazonado, ha transcurrido todo este día buscando á la que está destinada á merecer nuestro imperial favor. (*Oye el laúd*). ¿No es el son del laúd de alguna dama?

Eunuco.—Sí, por cierto. Corro á advertirla de la llegada de vuestra Majestad.

Emperador.—¡No, detente! Guarda de la puerta amarilla, investiga á qué parte de nuestro palacio pertenece esta dama, y ordénala que comparezca á nuestra presencia; mas procura no alarmarla.

Eunuco.—(*Se acerca en dirección al sonido y dice*). ¿Cuál es la dama que está aquí tocando? El Emperador se acerca; venid á recibirle. (*La dama avanza*).

Emperador.—Guarda de la puerta amarilla, haz que la luz brille con vivo resplandor tras la gasa de la lámpara y aproxímalas á nos.

La dama.—(*Acercándose*). Si vuestra servidora hubiese sabido que era vuestra Majestad, no habría tardado tanto; ¡perdonad, pues, el retardo!

Emperador.—Realmente es una beldad perfecta. ¿De qué región proceden tan superiores encantos?

Dama.—Mi nombre es Chaoukuen; mi padre cultiva en

Chingtoo los campos que ha heredado de su familia. Nacida en humilde cuna, ignoro las costumbres que rigen en palacio.

Emperador.—¿Pero con tan singulares atractivos, qué casualidad te ha mantenido alejada de nuestra vista?

Dama.—Cuando fui elegida por el ministro Maouyenshow, éste pidió á mi padre un tesoro del que nuestra pobreza no pudo disponer. Entonces desfiguró mi retrato, simulando una cicatriz bajo mis ojos, siendo la causa de que fuera condenada al desprecio y reclusión.

Emperador.—Guarda de la puerta amarilla, tráenos el retrato para que podamos verlo. (*Mira el retrato*). ¡Ah, cómo ha sabido empañar la pureza del cristal brillante como las ondas en otoño!

(*A su servidor*). Transmite al oficial de guardia nuestro deseo de que Maouyenshow sea decapitado, y haznos saber su ejecución.

Dama.—Mis padres, señor, deben pagar la contribución en nuestro país nativo. ¿Me permitirá vuestra Majestad rogarle que les perdone los impuestos y extienda sobre ellos su real favor?

Emperador.—Eso será pronto hecho. Acércate y oye cuál es nuestro deseo; te hacemos Princesa de nuestro palacio.

Dama.—¡Cuán indigna es vuestra servidora de tan señalada distinción! (*Se adelanta para darle las gracias*). Mañana temprano esperaré las órdenes de vuestra Majestad en este mismo lugar.

El Emperador se ha ido; que los criados cierren las puertas; voy á retirarme á descansar.

ACTO II

Entra el KHAN DE LOS TÁRTAROS á la cabeza de sus tribus.

Khan.—He enviado un mensajero al soberano de Han pidiéndole una Princesa en matrimonio; pero el Emperador me ha contestado con una negativa bajo el pretexto de que la Princesa es aún demasiado joven. Esta respuesta me llena de confusión. ¿No tiene, por ventura, su palacio lleno de mujeres para poderme enviar una de ellas?

La diferencia me importaba poco. Voy á hacer volver á mi enviado á toda prisa, pues vamos á invadir el Sur con nuestras

fuerzas. Y aun siento romper una tregua que duraba desde tantos años. Veamos qué rumbo toman las cosas, y estemos preparados.

Entra el MINISTRO DE HAN.

Ministro.—El afán con que he procurado sacar dinero al elegir beldades para palacio, me llevó á desfigurar el retrato de Chaoukuen, consiguiendo que la dejaran en reclusión. Pero el Emperador se enamoró de ella, supo la verdad y me ha condenado á perder la cabeza. He logrado escaparme, pero me encuentro ahora sin casa ni hogar. Voy á tomar este verdadero retrato de Chaoukuen y lo enseñaré al tártaro Khan para persuadirle de que la pida al Emperador, el que sin duda se verá así obligado á desprenderse de ella. Después de largo viaje he llegado hasta aquí y á juzgar por las tropas y los caballos que veo, me encuentro ya en el campamento tártaro. (*Dirigiéndose á un hombre*). Jefe, haz saber al rey Hanchenyu que un gran ministro del Imperio de Han ha llegado aquí para verle.

Khan (después de haber oído el mensaje). Ordénale que se acerque. (*Viendo á MAOUYENSHOW*). ¿Quién eres?

Ministro.—Soy un ministro de Han. En el palacio Occidental del Emperador hay una dama llamada Chaoukuen de rara y sorprendente hermosura. Gran Rey, cuando vuestro enviado vino á pedir una Princesa, esta dama hubiera satisfecho vuestros deseos; pero el Emperador de Han no pudo decidirse á separarse de ella, y rehusó en absoluto entregarla. Yo le dirigí repetidamente amargos reproches, preguntándole cómo podía permitir que por la belleza de una mujer se comprometiera la felicidad de dos naciones. Por ello, el Emperador quiso decapitarme, mas he conseguido escapar con el retrato de la dama que vengo á ofreceros, ¡oh, gran Rey! Si enviáis á pedirla por un mensajero con el retrato, seguramente te será entregada. He aquí el retrato. (*Se lo entrega*).

Khan.—¿Cómo es posible que exista en el mundo una mujer tan hermosa? Si llego á poseerla, mis deseos están colmados. Inmediatamente despacharé un mensajero, y mi ministro preparará una carta para el Emperador de Han, ofreciéndole la paz bajo la condición de que me la entregue en matrimonio. Si rehusa, invadiré las regiones del Sur. Sus ríos y montañas quedarán expuestos al saqueo. Nuestros guerreros empezarán por ir cazando mientras siguen su camino; y así atravesando

gradualmente las fronteras, estaré dispuesto á obrar como la ocasión aconseje. (*Sale*).

Palacio de Han. Entra la DAMA acompañada de sus sirvientes.

Princesa.—Ha pasado ya largo tiempo desde que hube de dar las gracias á su Majestad por su elección. La afección del Emperador hacia mí es tan grande, que hace tiempo descuida reunir la corte. Me han dicho que ahora ha ido al salón de recepciones, y voy entretanto á preparar mi tocado y mis adornos, para recibirle dignamente á su regreso.

(*Se detiene frente á un espejo metálico circular*)

Entra el EMPERADOR.

Emperador.—Desde la primera vez que encontramos á Chaoukuen en el palacio de Occidente, hemos estado sumidos en un verdadero arrobamiento : después de un largo intervalo hemos reunido la corte, y al entrar hoy en el salón de audiencias no hemos esperado otra cosa sino que la asamblea se dispersara para volver aquí á verla. (*Percibiendo á la Princesa*). No la alarmemos y observemos en secreto lo que hace. (*Se acerca á ella y se queda mirándola*). Reflejada su imagen en el espejo se parece á la reina de la noche.

Entra el PRESIDENTE y un oficial de guardia.

Presidente (recitando versos).

«Los ministros deben consagrarse á la administración del Imperio :
Deberían ocuparse de los asuntos públicos en el palacio del gobierno ;

Pero no hacen más que asistir á los banquetes de palacio ;

¿Cuándo han dedicado un solo día al servicio de su Príncipe?»

Hoy, al terminar la audiencia, ha llegado un enviado de los tártaros para pedir á Chaoukuen en matrimonio, como única condición de paz. Es mi deber comunicarlo á su Majestad, que se ha retirado al palacio de Occidente. Voy á entrar. (*Viendo al EMPERADOR*). Vengo á comunicar á su Majestad que Hanchenyu, el jefe de los extranjeros del Norte, envía un mensajero para decir que Maouyenshow le ha presentado el retrato de la Princesa, y que la pide en matrimonio como única condición de paz. Si rehusáis, invadirá el Sur con sus numerosas huestes, y nuestros ríos y montañas quedarán expuestos á sus rapiñas.

Emperador.—¡ En vano sostenemos y enviamos ejércitos al

campo ! ¡ Inútil es esta multitud de fuerzas civiles y militares que rodean el palacio ! ¿ Quiénes serían capaces de hacer retroceder á esas tropas extranjeras ? Todos temen las flechas y las espadas de los tártaros. Pero, si no se consideran capaces de arrojar á los bárbaros, ¿ por qué quieren llamar en su auxilio á la Princesa ?

Presidente.—Los extranjeros dicen que á causa de vuestra rendida ternura por la Princesa, los negocios de vuestro Imperio van camino de la ruina. Declaran que si el gobierno no les entrega la Princesa, pondrán su ejército en movimiento y dominarán el país. Vuestro servidor considera que Chow-wong, que perdió su Imperio y su vida por su ciega pasión por una mujer, es un buen ejemplo para poner en guardia á vuestra Majestad. Nuestro ejército es débil, y se encuentra falto de la dirección de un hábil general. ¿ Si nos oponemos á los tártaros y somos derrotados, qué será de nosotros ? Olvide vuestra Majestad su amor por la Princesa, para salvar á su pueblo.

Oficial.—El mensajero está esperando audiencia.

Emperador.—Bien ; ordénale que pase.

Entra el ENVIADO.

Enviado.—Hanchenyu, Khan de los tártaros, me envía, á mí, su ministro, para que manifieste al gran soberano de Han, que las tribus del Norte y el Imperio del Sur han vivido largo tiempo en paz gracias á mutuas alianzas ; pero que habiendo enviado por dos veces mensajeros á pedir una princesa, ha visto rehusada su demanda. El ministro Maouyenshow se llevó con él un retrato de una hermosa dama y lo presentó al Khan, quien ahora me envía para pedir en su nombre á la señora Chaoukuen, con exclusión de toda otra, como único medio de mantener la paz entre las dos naciones. Si vuestra Majestad se niega, el Khan tiene un innumerable ejército de bravos guerreros, con el cual invadirá inmediatamente el Sur para probar la suerte de las armas. Confío en que vuestra Majestad sabrá tomar la mejor decisión.

Emperador.—El enviado puede retirarse á descansar en sus habitaciones. (*Sale el ENVIADO*). Que nuestros jefes civiles y militares acudan a consejo, para decirnos la mejor manera de obligar á retirarse á las tropas extranjeras, sin vernos precisados á sacrificar á la Princesa. Ellos confían en la excesiva bondad de su carácter. Si viviera la emperatriz Leuhow, y pronun-

ciara una palabra, ¿quién se atrevería á ser de diferente opinión? Parece que en adelante, en lugar de ministros varones, me bastará tener débiles mujeres para mantener la paz del Imperio.

Princesa.—En pago de las bondades de vuestra Majestad, el deber de vuestra servidora es arrostrar la muerte para servirlos. Estoy dispuesta á aceptar alegremente esta alianza extranjera para conservar la paz, y con ello mi nombre no será olvidado por la historia. ¿Pero cómo olvidar mi afecto por vuestra Majestad?

Emperador.—¡Ay de mí! Demasiado comprendo que tus sentimientos son los míos.

Presidente.—Suplico á vuestra Majestad que sacrifique su amor para salvar su dinastía. Apresuraos, señor, á enviar la Princesa á su destino.

Emperador.—Ella puede hacer hoy una etapa de su viaje, y ser presentada al enviado. Mañana nos reuniremos en el puente de Páhling para darle el banquete de despedida.

Presidente.—¡Ah, señor, eso no puede ser! Nos atraeríamos con ello el desprecio de los bárbaros.

Emperador.—¿Hemos accedido á todas las pretensiones de nuestros ministros, y ellos no pueden acceder á una de las nuestras? Sea como fuere, quiero presenciar su partida, y luego volver á mi retiro á odiar al traidor Maouyenshow.

Presidente.—Contra toda nuestra voluntad os hemos aconsejado el sacrificio de la princesa para conservar la paz; pero el enviado trae instrucciones precisas para hacer que salga ella sola. Desde los tiempos antiguos, ¡cuán á menudo las naciones han sufrido por la belleza de una mujer!

Princesa.—Aunque voy al destierro por el bien de la nación, duéleme en gran manera separarme de vuestra Majestad. (*Salen*).

ACTO III

Entra el ENVIADO, escoltando á la PRINCESA, con una banda de música.

Princesa.—Así fué que, á pesar de la traición de Maouyenshow, que desfiguró mi retrato, su Majestad me vió, y colmóme de honores; pero el traidor presentó un retrato verdadero al rey tártaro, el cual llega á la cabeza de su ejército para pedir

mi mano con la amenaza de invadir el país. No hay remedio ; debo ser sacrificada para apaciguar á los invasores. ¿Cómo me será posible soportar los vientos y las heladas de aquel país extranjero? De antiguo se dice que una belleza extraordinaria va frecuentemente unida á un destino fatal. Sufra yo, pues, sin intentar rebelarme inútilmente contra los efectos de mis propios atractivos.

Entra el EMPERADOR seguido de varios oficiales.

Emperador.—¡ Hoy nos despedimos de la princesa en el puente de Pábling. (*A sus ministros*). ¿No podéis aconsejarme un medio para rechazar á las tropas extranjeras sin entregar á la Princesa en aras de la paz? (*Desciende de su caballo y parece llorar con CHAOUKUEN*). Hagamos esperar un poco á nuestros acompañantes para que pueda ofreceros la copa de despedida.

Enviado.—Señora, debemos apresurarnos á continuar nuestro viaje ; el cielo se oscurece y la noche se va acercando.

Princesa.—¡ Ay de mí ! ¿ Cuándo volveré á ver á vuestra Majestad ? Voy á despojarme de estas vestiduras que pregonan mi rango, y á dejarlas tras de mí. Hoy, en el palacio de Han... mañana, estaré desposada con un extranjero. Basta ya de usar estos espléndidos trajes... no deben ya adornar por más tiempo mi hermosura á los ojos de los hombres.

Enviado.—De nuevo debo daros prisa, Princesa, para marchar ; demasiado nos hemos entretenido ya.

EMPERADOR.—¡ Ya no hay remedio ! Princesa, cuando estés lejos, procura acordarte de nos, sin rencor ni tristeza. (*Parten*). ¿ Y soy yo el gran monarca de la dinastía de Han ?

Presidente.—¡ Cese vuestra Majestad de atormentarse por esta causa !

Emperador.—¡ Se ha ido ! En vano he sostenido tantos héroes armados en la frontera. No hablan más que de espadas y lanzas, pero sus corazones tiemblan como el de un débil cervatillo. La Princesa ha tenido que hacer lo que correspondía á ellos ; ¡ y aun aparentan ser hombres !

Presidente.—Rogamos á vuestra Majestad que regrese á palacio. ¡ No lloréis, señor, tan amargamente á su memoria ! ¡ Dejadla partir !

Emperador.— Si no pensara en ella tendría un corazón de hierro... ¡ un corazón de hierro ! Las lágrimas de mi dolor

brotan por mil canales. Esta noche su imagen flotará sobre el palacio, donde quiero ofrecerle sacrificios... los cirios alumbrarán su estancia con su luz argentada.

Presidente.—Vuelva vuestra Majestad á palacio. La Princesa ya está lejos. (*Salen*).

Campamento tártaro. *Entra el KHAN á la cabeza de sus tribus acompañando á la PRINCESA.*

Khan.—El Emperador de Han, cumpliendo los antiguos tratados, me entrega á la señora Chaoukuen en matrimonio, y yo la acepto como á mi reina. Las dos naciones disfrutarán de los beneficios de la paz. (*A sus generales*). Jefes, transmitid mis órdenes al ejército para levantar el campamento y dirigirnos al Norte. (*Marchan*).

El río Amur. El ejército tártaro en marcha.

Princesa.—¿Qué lugar es éste?

Enviado.—Es el río del Dragón Negro, frontera entre los territorios de Tartaria y China. La orilla sur es del Emperador; en la orilla norte empiezan los dominios tártaros.

Princesa (al KHAN).—Gran rey, tomo una copa de vino y hago una libación de cara al sur... mi último adiós al Emperador (*Hace la libación*). ¡Emperador de Han, esta vida ha terminado! ¡Te espero en la vida futura! (*Se arroja á la corriente. El KHAN, en la mayor consternación, intenta salvarla, pero en vano*).

Khan.—¡Ay de mí! Tan decidida estaba contra esta alianza extranjera, que se ha arrojado á la corriente y ha perecido. Lo hecho no tiene remedio. Que su sepulcro esté en esta orilla y que sea llamada «la tumba verde». Ella ya no existe; inútil ha sido nuestra enemistad con la dinastía de Han. El traidor Maouyenshow ha sido el autor de toda esta desgracia. (*A un oficial*). Coged á Maouyenshow y entregadlo de nuevo al Emperador para su castigo. Quiero reanudar mi antigua amistad con la dinastía de Han. Quiero renovar y conservar durante largo tiempo nuestros sentimientos de parentesco. Este traidor desfiguró el retrato de Chaoukuen para vengarse de ella, luego abandonó á su soberano y me presentó el retrato á mí, persuadiéndome de que pidiera esta dama en matrimonio. ¡Mal podía suponer que se precipitara en la corriente encontrando en ella la muerte! ¡En vano mi alma se ablandó á su vista! Pero si retengo á este infame traidor, indudablemente

me acarreará desgracia ; es mejor que lo entregue al Emperador de Han, para que le dé su merecido, con lo cual renovaré y mantendré por largo tiempo nuestros antiguos sentimientos de parentesco y amistad. (*Salen*).

ACTO IV

Entra el EMPERADOR con un criado.

Emperador.—Desde que la Princesa fué entregada á los tártaros, no hemos concedido una sola audiencia. El triste silencio de la noche aumenta nuestra melancolía. Tomamos el retrato de aquella dulce amiga y lo colgamos aquí, para dar algún lenitivo á nuestra pena. (*A su servidor*). Guarda de la puerta amarilla, mira : el incienso de aquel vaso está ya consumido ; apresúrate á añadir más. «Ya que no podemos verla, podemos, á lo menos, retener su sombra ; y mientras dure la vida, durarán nuestros sentimientos.» Pero estoy débil y abatido, y necesito un poco de descanso. (*Se tiende para dormir*).

La PRINCESA se le aparece en sueños.

Princesa.—Entregada como cautiva para apaciguar á los bárbaros, éstos me hubieran llevado á sus comarcas del Norte, pero yo aproveché una ocasión para burlarlos, y me he escapado. ¿No es éste el Emperador, mi soberano? Señor, aquí me tenéis de nuevo.

En la visión aparece un soldado tártaro.

Soldado.—Mientras estaba adormecido, la dama, nuestra cautiva, se ha escapado para volver á su hogar. Persiguiéndola activamente he llegado al palacio imperial. ¿No es ella esta mujer? (*Se la lleva*).

El EMPERADOR despierta sobresaltado de su sueño.

Emperador.—Acabamos de ver aquí á la Princesa ; pero, ¡ay, ¡cuán presto se ha desvanecido ! «En pleno día no respondió á nuestro llamamiento ; pero cuando las primeras luces de la mañana turbaban nuestro sueño, una visión nos la presentó en este sitio. (*Se oye el canto de las aves salvajes*). «¡ Ah, las aves de paso han cantado dos ó tres veces ! ¿ Saben acaso toda la magnitud de mi soledad y desolación ? (*Se repite el canto*). Quizás, débiles y cansadas, lamentan á la vez las anchas redes del Sur y los duros arcos del Norte. (*Se repite el canto*). Los gritos de estas aves acuáticas aumentan mi melancolía.

Criado.—Cese vuestra Majestad en su dolor y cuide un tanto de su sagrada persona.

Emperador.—Mi dolor no tiene alivio. «Deja de reprenderme por este exceso de sentimiento, puesto que también estás sujeto al mismo. Tu quejumbroso grito no es el trino de la golondrina en el alero del tejado, ni el canto del matizado pájaro sobre el árbol florido. ¡La Princesa ha abandonado su hogar! ¿Sabes tú acaso dónde se encuentra sufriendo, escuchando como yo los gritos de las aves silvestres?

Entra el PRESIDENTE.

Presidente.—Hoy, después de terminado el consejo de la mañana, se ha presentado un enviado extranjero acompañando encadenado al traidor Maouyenshow. Dice que el renegado, olvidando su lealtad, estuvo á punto de romper la tregua, y es la causa de todas estas desgracias. La Princesa no existe ya, y el Khan hace votos para que la paz y la amistad reine entre las dos naciones. El enviado espera, reverentemente, vuestra imperial decisión.

Emperador.—Córtesele la cabeza al traidor, y preséntese como ofrenda á los manes de la Princesa. Prepárese un banquete para el enviado, antes de su marcha. (*Recita*).

«A la caída de las hojas, cuando el canto de las aves silvestres
[se deja oír en la soledad del palacio,
Tristes sueños vuelven á nuestro lecho solitario; pensamos en
ella toda la noche :

Queda su verde tumba... pero ¿dónde encontrarla á ella?
La infame cabeza del impostor dará satisfacción por la her-
[mosura que intentó mancillar.»



